

## LA ESQUINA PREFERIDA

Caminaban diariamente hacia el colegio, recorrían, los dos amigos, tres kilómetros de distancia.

Allí estaba siempre, el hombre, el loco, con su cartón por morada. Al principio le tenían miedo. Pero fueron pasando los meses y al final terminó por caerle simpático. Ellos también a él.

Cada mañana, al pasar los infantes, el hombre, el loco, se levantaba de su lecho de celulosa y bailaba al son de su imaginación. Ellos se paraban solo para mirarle, con el tiempo llegaron a aplaudirle. La gente se arremolinaba y se reían de él. El terminaba su danza, hacia su reverencia y volvía a dormirse en su propia realidad. Los amigos entonces seguían el camino hacia la escuela.

Una mañana, uno de los dos amigos se puso enfermo, el otro, triste y abatido, no dejó de hacer su deber como alumno y al pasar por la esquina donde siempre dormía el loco, se paró como todas las mañanas, este, de un salto, erguió su figura, y presto para iniciar su amigable cortejo, se detuvo. No hablaba, su estado mental solo le permitía reproducir ciertos sonidos guturales, quedó pensativo, mirando, encogiéndose de hombros, tenso, preguntaba con su expresión. El joven, que no daba excesiva importancia a lo que acontecía, lo miró un rato y ante la desidia hacia el baile que demostraba esa mañana su amigo el del cartón, siguió caminando hacia sus clases.

Al día siguiente, Oscar seguía enfermo, y Carlos hacia su camino habitual a la misma hora de siempre. Sobre las 8,45 pasaba por la esquina preferida de todo su recorrido. Allí estaba tumbado. Y sin faltar a su ritual para con su amigo, en un salto ya estaba derecho. Volvió a mirar, a encogerse de hombros, a preguntar con la expresividad de sus ojos, a ponerse tenso, detenía sus gestos, miraba al suelo y se tumbaba de nuevo, se acomodaba en su catre y se abrigaba con una sucia manta. Carlos seguía sin saber que le

sucedía. Así pasaron varias semanas y Carlos al tiempo se dio cuenta. Le faltaba su amigo, el de los dos, porque lo era de Carlos, pero en ese tiempo, también lo era ya de este hombre, y así lo mostraba, con tristeza.

Poco a poco Oscar fue mejorando, pero aun no salía de casa. Carlos le había contado a su amigo lo que pasaba con el hombre de la esquina, entonces Carlos tuvo una idea, llevaría unos dibujos mostrando la mejoría de la enfermedad de Oscar, y así probar si su amigo común entendía la causa de la ausencia de este.

El lunes siguiente, a la misma hora de siempre y en el mismo lugar, se daba el encuentro, ya rutinario de Carlos y el hombre loco. Este alzó la mirada al ver al niño y, como cada mañana, elevó su cuerpo hasta colocarse en posición inicial del baile, antes de empezar miró, observó y volvió a descubrir que faltaba uno de los dos. Carlos al ver que el hombre volvía a mostrar su rostro triste, sacó del bolsillo unos papeles y se los entregó en la mano, el loco miró a Carlos, reacio en un principio, aceptó tomar las cuartillas y descubrir su contenido. Su cara era de extrañeza, por unos segundos incluso parecía no entender nada, pero al poco rato volvió a mirar a Carlos y, con gesto profundo y tierno, esbozó una leve sonrisa y una humilde reverencia de gratitud. El crío marchó aprisa y contento hacia la escuela y al regresar de ella hasta su casa, paró un instante en casa de su amigo Oscar para contarle la experiencia. Dibujaron varias láminas más para entregárselas al día siguiente.

Así pasaron varias semanas, Carlos llevaba los dibujos de Oscar y al regresar le contaba a su amigo como había reaccionado el hombre de la esquina.

Cada día Oscar mejoraba bastante, lo había pasado mal, muy mal. Los médicos le habían diagnosticado una enfermedad provocada por algún virus extraño que ni ellos mismos podían reconocer, y después de realizarle una infinidad de pruebas, y viendo que su mejoría era notable, decidieron permitirle empezar a caminar y salir de su

habitación. Hasta entonces no lo había hecho. Todos esos cambios que Oscar iba experimentando en la evolución de su enfermedad, lo dibujaba con lápices de colores y se los daba a Carlos para que este se los hiciera llegar a su amigo, el hombre de los cartones.

Carlos le contaba a su amigo, como bailaba el loco cada mañana, al ver los dibujos que Oscar realizaba con todo el esmero y el cariño que sus fuerzas le permitían. Durante todo el tiempo, mientras duró la recuperación de la gravísima enfermedad, sólo el ánimo de dibujar para su amigo de la esquina, hizo posible que Oscar fuera saliendo de esa situación tan terrible que había padecido.

Carlos había creado un vínculo entre Oscar y el hombre de la esquina, que provocaba que el amigo enfermo tuviera otra rutina en la cabeza a parte de su dolencia. Eso era importante para su propia salud. La motivación que Carlos había generado en Oscar, a raíz de los dibujos, había conseguido que el virus fuera desapareciendo progresivamente.

Oscar era un niño, generalmente, triste. Su madre sufría continuas depresiones y eso era algo que el niño vivía intensamente. Era un buen chico, pero a causa del comportamiento descuidado de sus padres, no era feliz. Se limitaba a ir a la escuela, a hacer sus deberes y a encerrarse en su habitación, y el único contacto que tenía con los demás niños, era en el camino hacia el colegio y hacia su casa que siempre iba acompañado de Carlos ya que vivían en el mismo barrio.

Carlos era un niño con una madurez impropia para su edad, jugaba con los compañeros en el recreo, hacía travesuras como todos los demás, era buen estudiante y a veces también tenía sus caprichos, pero cuando había que reflexionar sobre algún problema de importancia, siempre demostraba más capacidad que todos los demás e incluso que sus hermanos mayores.

Oscar mejoró notablemente desde que realizaba esos dibujos. Los médicos no sabían exactamente porqué. El caso era que Oscar se

había recuperado.

Era jueves cuando la doctora que lo visitaba en su casa le recomendó que aguardara hasta la próxima semana para incorporarse a la escuela, ya que el lunes estaría en perfecto estado.

Oscar se mostró muy contento cuando Carlos llegó a verle como cada día. Le contó a su amigo lo pronto que podría ir junto a él, a ver al loco, el hombre de la esquina. Carlos se alegró mucho por el buen estado de Oscar, pero le dijo que casualmente, el lunes tenía una revisión en el dentista y que iría con su madre a primera hora. Eso entristecía un poco a Oscar, pero aun seguía entusiasmado por las ganas que tenía de ver, qué había hecho con sus dibujos el señor de los cartones.

Pasó el fin de semana entre nervios y lápices de colores. Había hecho un último dibujo, con un niño saltando y jugando lleno de alegría, para llevárselo el lunes. Y por fin llegó la mañana esperada. Cinco minutos antes de que sonara el despertador ya se había levantado, algo inusual en Oscar, desayunó un vaso de leche tomó en su mano un puñado de galletas y partió hacia la escuela.

Eran tres kilómetros los que separaban el colegio de su casa. Pero el lugar donde realmente deseaba llegar, estaba como a unos quinientos metros antes.

Ansioso iba avanzando, casi sin mirar al cruzar las calles, tropezó con varios transeúntes pidiéndoles perdón, de repente salía corriendo para ahorrar tiempo en algún tramo del recorrido, y cuando ya estaba a punto de llegar a la esquina se detuvo, sacó del bolsillo el dibujo y lo miró durante unos segundos, lo volvió a plegar y lo mantuvo en su mano, entonces reinició la marcha.

Unos coches aparcados obstaculizaban su panorámica. No acertaba a ver con claridad donde estaba su amigo loco, le extrañó no ver, desde donde aun estaba él, ningún corrillo de personas en derredor al hombre de la esquina, pero él siguió caminando, ya estaba más

cerca, pero los vehículos seguían entorpeciendo su visión.

Los veloces pasos con los que había recorrido todo el camino, fueron disminuyendo de velocidad. Cada vez más lento, despacio, casi sin fuerza caminó los últimos veinte metros que distanciaban a Oscar de su esquina preferida, de su esquina vacía. No estaba el hombre, no había ningún indicio de vida en ese rincón. Oscar miraba en todas las direcciones posibles como esperando una respuesta, pero allí no había nadie, ni nadie que le diera una explicación. Comenzó a llorar, y con sus mejillas cargadas de lágrima guardó su último dibujo en el bolsillo y se encaminó hacia la escuela. Allí pasaría uno de los peores días de su vida. Cuando a las dos en punto sonó la sirena, Oscar ya estaba algo mejor. La bienvenida de sus compañeros y profesores, habían facilitado el olvido de su nefasta experiencia matinal. Recogió sus libros, los guardó en su maleta y tomó el camino hacia su casa, solo, ya que Carlos no había asistido ese día a clases.

Volvió a pasar por aquella esquina, con la esperanza de ver lo que por la mañana no existía. Pero fue en vano, allí no estaba, no había nadie. Siguió caminando hasta su hogar, cabizbajo y triste, sin saber que le habría sucedido a ese hombre.

Al llegar a su casa, en la puerta, estaba Carlos esperándolo, Oscar al llegar a su altura se detuvo, lo miró fijamente, ansiaba una respuesta. Carlos sólo lo miraba con un gesto interno de alegría y satisfacción que Oscar no alcanzaba a comprender. Carlos, ante el asombro de su amigo, sacó de una bolsa una caja de cartón, pequeña, como de zapatos, y se la entregó a Oscar, este la tomó en sus manos y la abrió. Intercambiaba la mirada entre el interior de la caja y los ojos de Carlos, sacó del bolsillo su último dibujo y lo dejó junto a los demás, Oscar inundó sus mejillas y preguntó a Carlos

- ¿Desde cuándo?

Carlos secando las lágrimas de su compañero contestó

- Cuando tú enfermaste, desapareció con el primer dibujo que le

entregué. Nunca más volví a verlo  
Oscar se abrazó a su amigo y al oído le dijo  
- Gracias--

FIN

29-09-07